

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 10 OCTUBRE 1896. NÚM. 41

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Correspondencia, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

Á CADA CUAL LO SUYO

Nunca, aun cuando los imbéciles, (infinitos en número) hayan creído otra cosa, he hecho política personal. Las ideas expuestas y los actos realizados; he aquí lo que me he permitido juzgar.

Hace pocos días vi un artículo del Sr. Pi que me pareció digno de censura, y lo censuré. Hoy leo otro digno de aplauso, y lo aplaudo.

Y haré el mismo caso de los elogios que sus partidarios puedan dispararme ahora, que hice de la indignación con que me acariciaron antes.

Voy á donde voy, á la fusión para traer la República, y se me da una higa de lo que personalmente me incumbe.

El artículo del Sr. Pi dice:

«El Sr. Salmerón, según parece, ha declarado en Alsasua que mientras duren las guerras coloniales, que tan perturbada traen á la nación, no consiente el patriotismo que los republicanos apelemos á la fuerza para el triunfo de nuestra causa, como no podamos hacer una revolución tan rápida é instantánea que no se mermen las energías nacionales para resolver los presentes conflictos. Ya, antes, el Sr. Esquerdo había hecho una manifestación análoga; y, á decir verdad, lo mismo en la boca del uno que en la del otro, nos extraña este lenguaje.

Prescindiremos de que ningún partido revolucionario ni antirrevolucionario se haya detenido jamás ante esos escrúpulos, según nos lo evidencian, sin salir de España, los movimientos de los años 35 y 36, cuando más arreciaba la guerra de D. Carlos; el de los carlistas en la Rábita, cuando teníamos comprometido en Africa el honor de nuestras armas; la lucha por ellos sostenida del año 72 al 76, durante la pasada insurrección de Cuba; y el alzamiento del 74 por D. Alfonso, cuando se peleaba no sólo en Cuba, sino también en la Península.

La actual guerra de Cuba había ya tomado alarmantes proporciones cuando se formó la unión republicana y se decretó el retraimiento, concebido principalmente para que no se malgastaran en los comicios fuerzas que á la revolución, y sólo á la revolución, debieran ir encaminadas: ¿cómo no hicieron entonces, ni el jefe de los progresistas, ni el de los centralistas, tan, á su parecer, patrióticas declaraciones? ¿Andaban entonces á caza de federales y no les convenía hacerlas, ó quieren hoy, como los carlistas, ocultar con mentidas palabras de patriotismo su impotencia? Aprendan, aprendan los federales que se dejaron coger en tan grosero lazo, vean en qué manos pusieron sus aspiraciones y sus destinos. Si la actual guerra de Cuba subsiste diez años como la pasada, durante diez años habrán de vivir arma al brazo, á fin de no comprometer la honra ni los intereses de la patria. La rápida revolución de que habla el jefe de los centralistas, harto sabe él y sabemos todos por la historia, que no es más que un sueño.

¡El patriotismo! ¿Podrá ser nunca patriótico dejar que la nación se despeñe y se hunda en los abismos del descrédito y la guerra? ¿Podrá nunca serlo que se prefiera la ruina del país á la pérdida de Cuba y

se pase porque no se procure retener la colonia mediante una concesión justa y acomodada á las ideas del siglo? ¿Podrá nunca serlo consentir que se siga sacrificando en una guerra estéril la flor de la juventud española y se lleve la iniquidad al punto de no exigir sino de la plebe tan horrendo sacrificio? En cortar estos males, y no en tolerar que se prolonguen y se agraven, está el verdadero patriotismo. Bendeciría la nación entera al que hoy, rompiendo por todo, los cortase de cuajo y llevase á la nación por nuevos rumbos.

¿Estará de Dios que no acabemos aquí nunca con la falacia ni con la hipocresía?»

Este es el lenguaje de la razón, de la verdad, de la lógica, de la política y de la revolución.

Contribuyo á que se difunda sin atender á que sea ésta ó aquella la persona que lo emplea, y sin perjuicio de combatirla en el número próximo si, á mi juicio, lo merece.

Es verdad que puedo hablar así, porque no amoldo mi criterio á las conveniencias de una fracción, como por desgracia ocurre á la mayoría de los republicanos. Casi todos piensan bien como individuos, pero no se atreven á hacer público su pensamiento por temor á excomuniones de los de arriba, ó á injusticias de los de abajo.

Bendita mil veces esta independencia que me permite censurar á un hombre por un acto y aplaudirle por otro, sin que lo primero sea por odio, ni lo segundo por adulación.

El que nunca tuvo esa independencia, nunca supo ser demócrata.

JOSÉ NAKENS

Á LA FUSION

En tanto los republicanos estemos divididos y formemos diferentes iglesias, no conseguiremos el triunfo de la causa que defendemos. Mientras funcionen diferentes comités, obedeciendo órdenes de grupo ó de partido, ni haremos nada práctico, ni siquiera ayudaremos á la obra común, porque los intereses de grupo ó de partido se impondrán, aun sin quererlo, á los intereses que son comunes á la causa de la pactada Unión republicana.

La falta de unidad fué causa principalísima de que cayese la República que con tan buenos auspicios se fundara en 1873. Aquella Asamblea verdaderamente famosa en punto á moralidad, admirable por su sentido genuinamente reformista y dotada de grandes ideales, no supo comprender la imperiosa necesidad de constituir un poder ejecutivo fuerte, y menos robustecerle con la autoridad y el apoyo de una mayoría que le diera su confianza para hacer frente á todos nuestros enemigos y dominar las complicaciones con que se encontró la República al instaurarse.

La constante sed de reformas, la diversidad de criterios acerca de la forma que debiera darse á la naciente República, les hizo olvidar el constante acedo de que eran objeto por parte del enemigo, y ni aun los sucesos del 23 de Abril les sirvieron de experiencia para evitar que, otro golpe dado con más fortuna, suprimiera la República.

Todo lo olvidaron y no se curaron de otra cosa que de gastar á la mayoría de los hombres importantes en gobiernos de tres días. Así se sucedían los ministerios por semanas, se consumían las mayores energías sosteniendo fratricida lucha. Apercibidos del peligro cuando ya era inevitable, ni aun en aquel momento supremo se hicieron superiores á sus particulares ideas, y cuando todo se hundió bajo las suelas del general Pavía, en vez de oponer la resistencia necesaria contra aquel acto verdaderamente osado, se limitaron á protestar del atropello ante el tribunal que funcionaba ya, obedeciendo al orden de cosas creado á la sombra de atentado tan grave.

Tan hondas eran sus divisiones que, ni aun en el momento supremo en que se cometió el crimen, pudieron unirse para destruir al criminal y sus secuaces. No hubo ninguna voz con autoridad bastante para contener aquella huida.

Lógica consecuencia de tan gran desastre fué la desbandada que se apoderó de los republicanos, y

cuando triunfó la restauración se encontró sin enemigos á quienes combatir, porque todos se hallaban magullados de aquel golpe, y dispersos purgando las faltas que cometieron.

Fué necesario que viniera un hombre á quien combatir, y que levantando en alto la maltrecha bandera republicana sirviera de heraldo para dar nueva vida á la idea y hacer despertar á los dormidos para que se apercibieran á nuevos combates. Con este hombre renació la esperanza, el partido republicano volvió á moverse, se agitó de nuevo sacudiendo su perezoso miedo y se apercibió á la lucha confiada en los prestigios y en la autoridad del nuevo caudillo, y, seguro de la victoria, se aprestó al combate.

Se reconquistó la fe, crecieron los adeptos y pareció seguro el éxito por la unanimidad de miras y por la común aspiración bajo dirección tan enérgica; pero este mismo crecimiento fué causa de nuevas disensiones, que se tradujeron en diversidad de escuelas, en diferenciación de criterios, tanto por lo que á la organización del Estado afecta, cuanto por lo relativo al orden de los procedimientos para implantar la República.

Se reorganizaron partidos que quedaron enterrados en el hemiciclo del Congreso el 3 de Enero, reaparecieron personajes y con ellos las divisiones de grupos y grupitos, y aquella gran obra que se inició en París con tan brillantes auspicios, y que tan graves sustos diera á la monarquía, se hundió para siempre por el mismo pecado porque murió la República.

Muchos intentos se hicieron después de coaliciones, de uniones, de inteligencias para determinados fines, pero ninguno ofreció otros resultados que el fracaso inmediato. Y es claro que así tenía que suceder, porque á ninguna de aquellas nobles y levantadas empresas se fué desprovisto de toda impedimenta, á todas esas uniones ó coaliciones iban precedidos los partidos de sus particulares enseñanzas, y al menor choque venían á las manos, y el pacto quedaba roto y la unión desecha, volviendo cada cual á su campo para predicar de nuevo la unión, atribuyendo la ruptura al de enfrente.

Prescindiremos de hablar de las luchas que han sostenido unos partidos con otros, de las batallas que se han librado para suprimir jefaturas, y de cómo, cuando se fueron los dioses mayores, se han elevado otros dioses que ni tienen prestigios, ni autoridad, ni aureola de triunfo; héroes sin heroicidades.

Se ha pactado por fin la actual unión de los llamados partidos republicanos, en la que por cierto no se hallan todos, y los frutos que ha ofrecido durante los seis meses que lleva de existencia, tenéis el ejemplo en los actos que ha realizado, en las empresas que ha llevado á cabo. Las resmas de papel invertidas en las cien sesiones, que próximamente ha celebrado, es el testigo de mayor excepción para justificar los frutos que podemos prometernos.

No puede ser. Mientras subsistan las actuales organizaciones, subsistirán los intereses particulares de grupo y con ellos asociadas constantemente la disidencia ó la ruptura. Mucho celebraríamos equivocarnos, pero tememos que esta unión no sea más que una nueva intentona con muy buen deseo, pero nada más; y hoy precisamente se necesita algo más grande, algo más sólido, algo mejor cimentado.

Hay se necesita una unión de todos, una completa inteligencia, sin exclusivismos ni excomuniones, que á la vez que inspire verdadera confianza al país, sea prenda segura de autoridad y prestigio entre los republicanos.

Hoy que la nación atraviesa tremenda crisis, con los partidos monárquicos agotados, sin crédito, ni ideales y perdida la confianza, es cuando el partido republicano debe presentarse unido en un solo pensamiento, con una sola aspiración, con una dirección que le gobierne, con una sola iglesia en que todos comulguemos, con un solo credo que contenga, no un programa de partido ó de grupo, sino algo más grande, que sea como el sentimiento de la patria y la confusión del interés nacional con la República.

¿Qué menos podemos hacer para salvar á España que renunciar á particulares intereses de partido!

¿Qué menos podemos hacer ante el interés supremo de la nación, que depositar en sus altares nuestras particulares banderas, prometiendo que el abrazo de todos es símbolo de unión para consolidarla, como prenda de la honra y de la integridad de España, y garantía segura para el afianzamiento de las libertades

des públicas y redención del pueblo bajo la égida de los poderes amovibles y responsables?

A.

EL SAQUEO

No soy católico, en buena hora le diga; mas esto no quita para que en ocasiones compadezca á los que de veras lo son, si su fortuna no es muy allá.

Y aun cuando sea muy desahogada; que no hay una tan grande que resista los continuos embates que hoy sufre del clericalismo, disfrazado con esta ó aquella máscara.

Un día para las obras de la catedral, otro para las de un convento; hoy para el Asilo de las Hermanitas tales, apreciables ex fregatrices que se pusieron la toca por diferencias con el estropajo; mañana para la comunidad *Hache* de zopencos que se calaron la capucha por disimulamientos con el azadón.

Cuando no la fiesta del santo titular de la parroquia, la novena en pro de la Virgen de cual; cuando no la misión, la rogativa; cuando no la rifa, el manto de tal santa; es decir, que cada hora trae aparejado un *sablazo*, y que no hay ni una segura para la bolsa del buen creyente.

Y adviértase que no hablo de las generales de la ley, como bodas, bautizos, entierros, misas, responsos, cabos de años y demás piadosas ceremonias (sacramentos algunas), que también contribuyen á mantener la alarma financiera en las familias piadosas; que si de ellas hablara, habría tela cortada para rato.

En suma, que para pasar hoy por buen católico, poco ó nada significan la fe, la convicción, la asistencia á los oficios divinos y la práctica de las virtudes llamadas cristianas, aun cuando ostenten el abolengo más antiguo; es preciso ante todo, sobre todo y para todo, tener la sabia precaución de reunir dinero (el medio importa poco), y después no pecar de tacaño (aun cuando se peque de otras cosas) con los servidores de la Iglesia.

Indudablemente para los que se preocupan de ello, es negocio importante el de la salvación; pero ¡por Dios trino y uno! convengamos en que resulta un poquillo caro, dicho sea con todo el respeto debido.

Nos desatamos, y con razón, contra los caseros por el exorbitante alquiler que cobran por un cuartucho de pocos palmos, mal construido y sin luz á veces, olvidándonos de lo que gastó para construir la casa.

Y, sin embargo, no tenemos una palabra de censura para los servidores de la Iglesia, que, sin haber empleado un ochavo en la construcción del Paraíso (admitiré su existencia para dar una prueba fehaciente de mi tolerancia con las opiniones ajenas), cobran cantidades fabulosas por proporcionarnos en él un rinconcito.

Y en lo del cuarto no hay engaño. Podrá estar más ó menos alto, ser estrecho, oscuro; pero existe; sobre esto no cabe disensión. Mientras lo del Paraíso, francamente, no acabo de adquirir la certidumbre necesaria para afirmar su existencia.

Lo repito; para pasar hoy por buen católico, lo único indispensable es tener dinero y dárselo á los bondadosos intermediarios entre la divinidad y nosotros. ¡Ay de los que carecen de él, ó, teniéndolo, se lo guarden! ¡Esos serán tildados de heterodoxia y excomulgados como cualquier lector de *El Motín!*

Y lo peor es que ese dinero, sacado al fanatismo y á la ignorancia, sirve para que vivan y gocen legiones de gandules y de atropellaplatos; viejas mixtas de timadoras y de galeotas; amigas de eclesiásticos; y toda esa turba fea, contrahecha, asquerosa y repulsiva que hace del templo casa de vecindad y esparce por todas partes olor á humedad y á cera; gente que ni sirve al progreso, ni contribuye al bienestar público, ni vale para otra cosa que para execrar, maldecir y calumniar.

Si rezara alguna vez (que nunca rezo por dedicar mi tiempo á cosas más útiles y provechosas), he aquí la forma en que lo haría:

«¡Oh tú (aquí el nombre) sin cuya soberana voluntad no se mueve ni la hoja en el arbol! «Gracias mil te doy por haberme inspirado á tiempo la sabia idea de abandonar el catolicismo, donde me metieron sin consultarme á los tres días de nacer, pues de este modo puedo vivir del producto de mi trabajo, sin que zánganos y bigardos vengan diariamente á *sablaccarme* en tu santo nombre.

«Y aparta de los católicos esa plaga, si no quieres en tu infinita sabiduría castigarlos por inocentes ó por estúpidos.»

Esto diría, dando gallarda muestra de mis hermosos sentimientos, que me llevan á velar hasta por los intereses de los que tienen á orgullo el ser mis enemigos.

RECUERDOS QUE MANAN SANGRE

El 17 de Julio del año 1874 ciento noventa y tres soldados liberales inermes, desarmados, aprisionados en una emboscada, fueron asesinados á sangre fría después de larga y penosa prisión.

Estaban en Olot, y al saber los carlistas que los liberales se acercaban, dispuso el bandido y religioso Saballs trasladarlos á Vallfogona para fusilarlos allí.

Descalzos, medio desnudos, descubierta la cabeza y atados por parejas, emprendieron la marcha camino de Llayers, escoltados por 50 héroes de escapolario y patíbulo.

Durante la marcha, un pobre carabinero se hirió el pie en una piedra, y porque no podía seguir al paso de sus compañeros, el defensor de la religión, Narciso Bosch, mandó desatarle é inmolarse allí.

Otro desdichado preguntó que adónde se les conducía, y se le contestó entre burlas y blasfemias: *Al infiern de ahont abeu surtid, y ahont fá temps deurian está.*

A las nueve de la mañana llegaron á Llayers, aumentada la fúnebre comitiva con un cura que se les agregó en el camino; encerraron á los prisioneros en la iglesia y los carlistas se pusieron á almorzar.

Terminado el almuerzo, el miserable Bosch mandó al canalla Brú fusilar á aquellos hombres, que estaban tendidos sobre las losas, extenuados por el hambre y la sed.

Mandó Brú redoblar las ligaduras, y al preguntarle el por qué de tanto rigor, riéndose irónicamente, contestó: «Lu verdad es que nuestro general se ha compadecido de vosotros, y, cansado de tanto estorbo, manda que se os fusile en el acto.»

La escena que siguió á estas terribles palabras, no puede describirse. —¡Brú, piedad! ¡compadecíos de nosotros! ¡somos padres de familia casi todos! ¡compasión! Las lágrimas y los sollozos formaban contraste terrible con la feroz tranquilidad de los verdugos.

Todos querían despedirse de sus hijos y sus esposas, y algunos lápices y un pedazo de papel corrían de mano en mano. Los que no sabían escribir se agrupaban á sus compañeros y encargaban un beso para sus hijos, un abrazo para su esposa. Apenas podía leerse el escrito regado por las lágrimas de aquellos mártires.

Abrazáronse unos á otros y se besaban con el ardor del que se despiere para siempre. Pidieron al cura párroco, reverendo D. Jaime Campás, que les extendiera su testamento, que consistía en estas palabras.

«Adiós, esposa mía; muero pensando en ti y en nuestros hijos: implora una limosna para que no les falte el pan.»

La primera pareja fué sacada de la iglesia arrastrando. «¡Adiós, compañeros! Si escapa alguno que dé un beso á nuestros hijos.»

Sonó una descarga, y aquellos dos desventurados cayeron en un charco de sangre, destrozados los cráneos. Algunos carlistas se ensañaron horriblemente en sus cadáveres, mutilándolos á bayonetazos.

El alférez D. Saturnino García, en un arranque de indignación, rompe sus ligaduras, y, encarándose con sus asesinos, sublime de emoción, exclama:

—Carlistas, vamos al suplicio; pero este suplicio será nuestra corona y vuestra deshonra á la vez: no sois partido político; sois miserables asesinos, y nuestra sangre caerá sobre vuestras cabezas...

—Matadle, matadle, aullaron los carlistas.

—No—dijo Brú—*se explica bé pel radé cop que canti.*

—¡Miserable!—replica García,—matadme; mejor; así deshonrais, si honrada pudiera ser, vuestra bandera. Así Europa verá quiénes son los soldados de

ese imbécil que en el Norte se rodea de seres como vosotros. ¡Matadme! muero contento, y os escupo al rostro como á hombres sin vergüenza, sin fe, sin honor y sin palabra.

Una descarga selló sus labios, y cayó el sin ventura García encima de la primera pareja.

Transcurrió media hora de una horrorosa carnicería; un lago de sangre cubría la tierra, y un montón de cadáveres destrozados y mutilados daba á aquel lugar un aspecto aterrador.

Quedaron 20 en la iglesia, que, creyendo ya harto de sangre al tigre, imploraron perdón. Brú, por toda respuesta, hizo una seña y continuó la matanza. Todos fueron inmolados menos el sargento Pedro Arolas, á quien concedió el perdón Bosch por ser paisano suyo.

Una hora después todo había concluido. Se abrió una zanja, inmediata á la iglesia, en donde se amontonaron los cadáveres de aquellos mártires y se entregaron á las llamas los restos esparcidos sobre el terreno.

Sus desconsoladas viudas é hijos visitaron poco después aquel triste lugar, y hasta hoy nadie ha levantado un pequeño monumento allí donde reposan 80 infelices que dieron su sangre por la patria.

Al partir de Vallfogona Bosch y Brú con los infelices carabineros, habían quedado cien carlistas al mando de Salvador Casademunt encargados de hacer cumplir la misma sentencia respecto de los jefes, oficiales y soldados destinados al sacrificio.

Salieron de Vallfogona camino de San Juan de las Abadesas, y al llegar á media hora de esta población, en una hondonada por donde atraviesa un pequeño arroyo, mandó Casademunt hacer alto, y, sin más ceremonia, les notificó que iban á ser todos fusilados en el acto, y que se preparasen para la última confesión.

Ninguno de aquellos desgraciados clamó venganza; ninguno se acordó de sus verdugos. Sólo los nombres de «¡madre mía! ¡hijos míos!» formaban coro con los lamentos y lágrimas de tanto desventurado. Sus matadores respondían con inmunda chacota á sus tristes invocaciones.

Sentados al pie del arroyo y debajo de una pequeña roca, iban los curas confesando á aquellos infelices, y después los hacían subir á un pequeño campo sobre el arroyo, donde los fusilaban y remataban á bayonetazos y culatazos.

Algunos de ellos entregaban llorando á sus verdugos alguna prenda, algún recuerdo para sus familias. Un solo carlista cumplió con tan sagrado encargo.

Continuaban las descargas cuando llegó el turno al joven médico D. Braulio Ruiz. Este, que ni prisionero era, pues voluntariamente después de la catástrofe de Castellfullit se quedó en Olot para asistir á los heridos, sufrió tres descargas sucesivas á quemarrropa. Levantóse después de la tercera, ileso, pálido como un cadáver y con las lágrimas en los ojos, exclamó: «Hermanos, ¡perdón! soy el único sostén de mi pobre madre y hermanas, á quienes mantengo con mi paga. ¡Por vuestra madre que os dió el ser, concededme la vida!»

Los carlistas titubearon, pero un bárbaro sin corazón se opuso, pidiendo á gritos su muerte.

Ruiz, levantando las manos al cielo, exclamó: «¡Madre mía, hermanas mías! No os veré más. Dios conoce que mi vida os hace falta. ¡Perdón, hermanos míos; no me fusiléis! en nombre de las heridas que os he curado os lo pido: ya veis que en tres descargas no me habéis muerto: la Virgen quiere que no muera!»

Entonces, ¡horror! dos muchachos que no tendrían quince años, le apuntaron diciendo: «A ver, pues, si yo te mato;» y el mártir Ruiz cayó para no levantarse más. Con el ejemplo de aquellos asesinos, un grupo de muchachos *requetés* se echó sobre la víctima y en ella se cebó horriblemente. A pesar de esto, Ruiz no había muerto, y, señalando con la mano su corazón, pudo articular algunas palabras: «No me hagáis sufrir más; aquí está la vida; quitádmela y Dios os perdone.» Entonces una bala le atravesó el corazón y Ruiz dejó de existir.

El soldado Antonio Moreno, del regimiento de Cádiz, al subir confesado del barranco á la pequeña explanada, encontróse con su comandante D. José Muñoz, que, confesado también, iba con lágrimas en los ojos al suplicio, y con la calma de un mártir, le dijo: «Mi comandante, ánimo: la muerte nos iguala; apóyese usted en mí, y que vean esos tunantes cómo mueren los valientes.» Secáronse las lágrimas del comandante y abrazando y besando al soldado, le dijo: —Gracias, hijo mío; tú me devuelves la calma que había perdido.» Y abrazados cayeron de una descarga, para unirse con sus compañeros de martirio.

Quedó aquel pequeño campo cubierto de cadáveres, formando un charco de sangre que ya la tierra no quería absorber. Algunos de los carlistas, en tono de

meña, pidieron irse á comer, «pues el trabajo había sido duro y la cacería había dado resultado».

Después, por pregón, se obligó á los vecinos de San Juan de las Abadesas á ir con parihuelas, escaleras de mano y cuanto pudiera servir para el caso al sitio de los fusilamientos, para dar sepultura á los cadáveres. El desalmado cabecilla Casademunt decía que bastaba abrir allí mismo una zanja, pero los vecinos de San Juan tomaron á su cargo transportarlos á todas y darles sepultura en el cementerio de la villa. La operación duró hasta muy entrada la noche, y daba horror ver aquella procesión de cadáveres, alumbrada por las linternas de los vecinos, desde el sitio del desastre al cementerio de la villa.

Allí fueron sepultados y allí descansan los restos de tantos mártires.

LA TRASATLÁNTICA

Un redactor del *Heraldo de Madrid* ha visitado el vapor *Nuestra Señora de Guadalupe*, construido hace seis años para el transporte de ganado de cerda y vacuno, y he aquí sus impresiones:

«En mi paseo de inspección llegué hasta la cantina ó bodega del barco, camarote general de los soldados.

Allí hacía un calor asfixiante.

Parecía aquello un cuadro real que se hubiese copiado de alguna genial y maravillosa descripción de Emilio Zola.

Con pies derechos y travesaños de madera se habían construido jaulas—tal parecían—de tres pisos cada una.

Estas literas tenían por colchón una lona sujeta por los extremos al armazón de madera.

En ella dormían los soldados desnudos, sin nada que los tapase, porque el calor ahogaba, y en actitudes tan raras, que por un momento me detuve en la escalera sin acabar de descender, por la impresión violenta que me causó la vista de aquel espectáculo, impresión parecida á la que sentiría el que sin presumirlo se encontrase de improviso ante la sala ó depósito de cadáveres de un hospital.»

¿Parece de guipúzcoa? Pues léase lo que dice *La Voz de Guipúzcoa* al hablar del trato que se da á los soldados en los buques de la Compañía Trasatlántica y de Jesús:

«Venían en el *Santo Domingo* soldados inútiles y enfermos; sin tener en cuenta que aquellos infelices acababan de salir de los hospitales, en el trasatlántico se le daban dos raciones diarias, compuestas de garbanzos y fideos, sin carne ni tocino; pero tan mal condimentados que, según dicen algunos soldados, ni los perros podrían comerlos.

De resultas de esta deficiente é insana alimentación, los que venían buenos relativamente se pusieron enfermos, y los enfermos, empeoraron.»

Madres españolas, regocijáos. Muchos de vuestros hijos no caerán bajo el machete de los filibusteros...

Porque morirán en la travesía, si el trato que les dan no difiere gran cosa del que describen esos dos periódicos, católicos á macha martillo.

YA PARECIO AQUELLO

En el número del 19 de Septiembre, y bajo el título *Uno menos*, dábamos la grata noticia de haber sido reventado por sus superiores el cura Ferrandiz, que hace más de ocho años no se ha ocupado en otra cosa que en defender, diciendo pestes del librepensamiento.

Creíamos que la causa de no haberle tenido esto en cuenta, era la inquina por las verdades que en otro tiempo les había dicho. Aun así nos chocaba que los conservadores de *El Nacional*, donde había escrito, lo hubieran abandonado al brazo eclesiástico, y por eso preguntábamos qué habría debajo de todo esto.

Ya lo sabemos; y como tiene miga, no debe quedar oculto. Debemos, si nuestros informes no mienten, el gusto de tener un enemigo menos á otro católico, el marqués de Cubas, cuyo poder con el alto clero es decisivo.

Parece que al presentarse como candidato silvelista en las pasadas elecciones municipales, se mandó al *Devoto Parlante* publicar un juicio crítico de las obras de la Almudena que

aquél dirige, y del cual salió tan mal parado y herido en su vanidad, que procesó al periódico; pero no pudiendo así hincar el diente al crítico, buscó en su pasado el motivo para mover el escandaloso lío que ha causado tan universal asombro, y por cuyo medio ha triunfado del Ferrandiz, que es su pesadilla, de *El Nacional* y de sus inspiradores, probando al paso que, sin han salvado al escritor que los sirvió tan bien, es por falta de influencia en el palacio episcopal, donde, aun estando en el poder, son suplantados por los silvelistas.

Oría cuervos, dirán los conservadores, recordando que el obispo de Madrid, cuando lo era de Cuba, tan obsequioso y humilde se mostraba con Romero Robledo para que lo trajese á la corte; y los favores que luego en ella suele pedir; y el arte que se ha dado el provisor que firma la sentencia, para conseguir el ascenso que acaba de pescar, y ya tenía seguro cuando jugó, de acuerdo con Cubas, esta treta á los canovistas. ¡Buenos han quedado éstos! ¡Provechosa lección para todos los políticos!

A nosotros, Cubas se nos ha hecho simpático. El hombre sentía la hermosa pasión del odio hacia un enemigo del que se ha vengado hasta aplastarlo y poner en berlina á los que debieron ser sus protectores, sin cuidarse él, aunque neo, del gustazo que nos proporciona, ni del escándalo en perjuicio del clero, cuyos maguates, en vez de cumplir su deber, le han servido de dóciles instrumentos. ¡Tiene tanto oro!

Esto no será católico, pero es humano, es grande. Vengan, pues, esos cinco, señor marqués, y ya que tan bien le ha salido la suerte, y que los príncipes eclesiásticos no miran por la clase no podría repetirla con otros curas que le aborrecen y tienen en su vida pecados más gordos que el *Devoto*, para armar otro escarceo tan divertido como este?

Si lo hace, cuente de antemano con nuestro aplauso.

LOS JESUITAS PINTADOS POR SI MISMOS

«En lo que se refiere al orden científico, puede afirmarse que los resultados no son, ni con muchísimo, los que se prometen los jesuitas ni los que corresponden á las grandes preeminencias y ventajas que atribuyen á sus métodos. Hace unos cuarenta años que los jesuitas tienen colegios en España; en ellos habrán educado á treinta mil niños tal vez; de éstos ¿cuántos hay que se distinguen hoy por su mérito científico? ¿cuántos ocupan cátedras en la enseñanza? ¿cuántos brillan en las carreras que han seguido? Pocos, poquísimos sin duda. Y en cambio de estos pocos hay muchísimos que, después de pasar cinco ó seis años estudiando mucho latín y mucha filosofía, con buenas notas y todo, se salen del colegio sin saber escribir una carta con mediana ortografía.

Pues el resultado moral es todavía más de lastroso.

Por regla general los tales alumnos, al salir de sus colegios y entrar en la enseñanza de las Universidades ó en la vida práctica, no son los que más se distinguen por su moralidad, si ya no sucede lo contrario. Es muy común verles distinguirse entre los promovedores de escándalos, entre los más desalmados y levantiscos. Es notorio que, en esto, como en todo lo demás, lo que decide es la influencia de la familia, la educación doméstica más que la influencia del colegio, la cual á veces produce efectos contrarios, ya que al salir los alumnos de los colegios, como si quisiesen resarcirse de la compresión en que han estado, sueltan los frenos y se despeñan á todos los vicios y temeridades.»

«Aludiendo á lo que resulta ser un alumno internos decía un jesuita, y por cierto muy práctico en esas cosas de la conciencia, que por nada en el mundo aconsejaría á ningún

padre de familia que pusiese sus hijos de internos en los colegios de la Compañía.

«El fin á donde se dirige toda la piedad que se fomenta en los colegios de los jesuitas modernos, como ya lo habrá sospechado el lector, es análogo al que se busca en su instrucción científica, que es decir, que así como en esta instrucción científica lo único que quieren los jesuitas es que los niños sepan lo que ellos saben, así en la formación religiosa quieren que sean los que ellos son, que esto es, sean unos jesuitas pequeños para que con el tiempo lo puedan ser grandes. A esto aspira el Director espiritual, el Rector y, sobre todo, el Provincial; y en esto y en la saca de dinero cifran muchos Superiores el buen andar de un colegio; tanto, que se pueda dar por regla y máxima y principio general que aquel colegio es mejor, á juicio de los Superiores, del cual se ha sacado más dinero y del cual han salido más vocaciones á la Compañía.»

«Con el fin de fomentar la piedad en los niños, se ha establecido y puesto en uso en algunos colegios la llamada cuenta de conciencia, obligando á todos los alumnos á que, de vez en cuando, pasen uno á uno al aposento del Rector ó del padre espiritual del colegio para darle cuenta del estado de su alma, así de las faltas que ellos hubiesen cometido, como de las que hubiesen visto cometer á los demás. No hay que decir los peligros que tiene tal práctica, pues si entre los jesuitas, que al fin ya son hombres hechos y religiosos, los tiene y muy graves, ¿cómo no se aumentarán estos peligros aplicada á niños de poco curso y de mucha socarronería y malicia! En ella se los expone á la mentira y al disimulo, á fomentar el vicio de la crítica y acusación, á ocasionar rencillas entre unos y otros por la sospecha de si los han acusado al Rector, á hacer, en fin, del colegio, no una sociedad de amigos, como debiera ser, sino un semillero de envidias, rencillas y enemistades tal vez perdurables.»

EL PADRE MIR (jesuita).

LOS JESUITAS DE PUERTAS ADENTRO, Ó BARRIDO HACIA AFUERA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

ADHESIONES

Cádiz 30 Septiembre de 1896.

Sr. D. José Nakens.

Estimado y distinguido correligionario: Teniendo presente que la mayoría de los republicanos españoles desconoce en absoluto las verdaderas diferencias que existen entre federales y progresistas, centralistas y posibilistas, no se explica fácilmente que haya tantas fracciones dentro del mismo campo, siendo esto debido únicamente, según mi modesta opinión, á la ambición de muchos y al afán de figurar de no pocos.

Yo mismo he incurrido en tan grave falta estando afiliado algún tiempo en el partido que acaudilló el inolvidable patricio D. Manuel Ruiz Zorrilla; pero iniciada por usted la campaña á favor de la fusión, me declaro decidido partidario de la misma, y en lo sucesivo, hasta que sea implantada la República en España, seré únicamente republicano, coadyuvando al triunfo de la misma á las órdenes del primer jefe que tenga el suficiente valor para presentar la última batalla á la monarquía, prescindiendo del patriotismo que en estos momentos significa pasar por todas las imposiciones del gobierno sin protestar en la forma que hace mucho tiempo debíamos haberlo hecho.

Una mi protesta á las recibidas por las prisiones efectuadas de dignísimos correligionarios nuestros, y deseando luzca muy pronto en nuestra patria la luz de la Libertad, se despide de usted su afémo. amigo y correligionario,

E. COBOS BÁRCENA.

COSILLAS

Se ha publicado en París un libro que, entre otras majaderías, publica una lista con los nombres de todos los santos especialistas en algo.

Allá van algunos:

Contra los cólicos, hay 18 santos; contra las convulsiones, 10; contra los malos partos, 170; y así, para los males de los dientes, 20, para los tumores, 15; abogados en las enfermedades de los niños, 85; en la epilepsia, 37; en las fiebres, 123; en los flujos de sangre, 12; locura, 24; sarna, 14; gota, 23; mal de piedra, 20; hernias, 19; hidropesía, 11; lepra, 12; parálisis, 16; peste, 53; hidrofobia, 17; reumatismo, 15; esterilidad, 57; males de cabeza, 49; de ojos, 47, y así de todo lo demás.

Prohíbo que en adelante los católicos acudan á médicos profanos, so pena de confesar que no creen, aun cuando lo digan, en la especialidad de los santos ni en su influencia para la curación de las enfermedades que padecen.

Y si algunos acuden, me reservo el derecho de decirles: ¡farsantes, embusteros!

De una carta de Estopiñan, publicada en *El Diario de Huesca* del 29 del mes último:

«Los tranquilos y religiosos habitantes de este pueblo asistimos el domingo último al Santo Sacrificio de la Misa, cumpliendo así un precepto cristiano, aquí siempre respetado. Al llegar al Ofertorio, nuestra devoción fué interrumpida por quien menos debiera serlo, por el sacerdote celebrante, que haciendo uso de la palabra desde el pie del Altar, declaró, cual si se tratara del más indiscutible precepto de la Iglesia ó de la cosa más corriente del mundo, que *el liberalismo es el único causante de la guerra de Cuba*; y lo repitió escueta y claramente, por si los presentes no se habían enterado bien de la crudeza y de la injusticia de la frase.

Calcule usted, señor director, la estupefacción que tan atrevida é inaudita manifestación produciría en el auditorio. Usted que conoce los sentimientos católicos de este pueblo, sus costumbres morigeradas y sus ideas liberales tan arraigadas, podrá explicarse el disgusto y la contrariedad que originó tal desplante.»

El que crea que ese cura está en la cárcel, se equivoca.

Lo que no me atrevería á asegurar es que no haya sido ya propuesto para ocupar una canongía.

Por ese camino se suele llegar hoy hasta obispo.

Hay quien asegura que la insurrección filipina no va contra los españoles, si no contra los frailes.

Es posible. Tres siglos de educación religiosa no pueden lógicamente dar otros frutos que esos.

Y aquí si que no hay falencia: los insurrectos filipinos han sido educados por los frailes. Y el que dijera lo contrario miente.

Se dice que dos cauónigos de Filipinas están presos por filibusteros.

No me extraña. La gente de Iglesia no tiene patria.

Un padre Matías pide para Filipinas muchos frailes y muchos cañones.

Si cañones ¿para qué frailes? ¿No se ha venido diciendo que á los frailes debíamos la conservación del Archipiélago?

¿Va á deberse á los cañones? Pues que salgan de él los frailes que hacen allí odioso el nombre español.

Ha sido denunciado nuestro querido colega *El Ciclón* de Alicante, y preso su redactor don Luis Morote.

Arrecia la persecución, señal del miedo que los conservadores sienten.

¡Ay de ellos si los hombres importantes del republicanismo se decidiesen ahora á cumplir con su deber!

Correrían los monárquicos como liebres, igual que hicieron el 68.

LA VERDADERA RELIGION

«La religión no consiste en fórmulas exteriores, en prácticas casi mecánicas, en palabras cuyo senti-

do se ignora ó se olvida, en preceptos que verbalmente se respetan, pero que prácticamente se quebrantan... La religión no es el precepto que se invoca cuando conviene, sino que se practica siempre; es la aspiración á perfeccionarse, es la justicia, es el amor, es la unión íntima del espíritu con Dios, que le eleva y le sostiene en la desgracia y en la prosperidad...

»El hombre no es religioso, como es militar ó empleado, ni puede echar la llave á su conciencia como á su pupitre. Hay quien va á la iglesia, reza una oración, y dice: *he cumplido mis deberes religiosos*. Después se ocupa de su profesión, de su oficio, ó de nada. Fuera del templo ó concluida la plegaria doméstica, la religión no interviene en su trabajo ni en sus ocios. ¿Por qué? Porque no es verdadera. La verdadera religión acompaña al hombre á todas partes, como su inteligencia y su conciencia; penetra toda su vida é influye en todos sus actos. *Sus deberes religiosos*, no los cumple por la mañana, por la tarde ó por la noche, sino todo el día, á toda hora, en toda ocasión, porque toda obra del hombre debe ser un *acto religioso*, en cuanto debe estar conforme con la ley de Dios.

Hay religión en el trabajo que se realiza, en el deber que se cumple, en la ofensa que se perdona, en el error que se rectifica, en la debilidad que se conforta, en el dolor que se consuela; y hay impiedad en todo vicio, en toda injusticia, en todo rencor, en toda venganza, en todo mal que se hace ó que se desea. La religión no consiste sólo en *confesar* artículos de fe y *practicar* ceremonias del culto infringiendo la ley de Dios. Al hombre religioso no le basta ir al templo; es necesario que lleve altar en su corazón, y que allí, en lo íntimo, en *lo escondido*, ofrezca sus obras á Dios como un homenaje, no como una profanación y un insulto.

Cuando llega la noche y examina en su conciencia cómo ha empleado el día, si no ha evitado todo el mal que en su mano estaba evitar, si no ha hecho todo el bien que pudo hacer, no puede decir con verdad que *ha cumplido sus deberes religiosos*...

»Y en materia de religión ¿qué clase tiene derecho para arrojar á otra la primera piedra? Si en los señores hay en algunos casos, pocos, mayor inteligencia, ¿que aspiración sublime no tiene á veces la fe del pobre, y de qué pruebas tan terribles no triunfa! Los que la han visto brillar en las tribulaciones del miserable, sobre el lecho de enfermedad ó de muerte que rodea la penuria, que *aisla el abandono*, comprenden que tal grado de virtud, difícil, si no imposible de manifestarse en otra clase, ennoblece á aquella que la practica, y puede servir de contrapeso á impiedades en que hay más grosería que maldad verdadera. Tratándose de religión, suelen ser los pobres un poco mejores, y los ricos bastante peores de lo que parecen...

CONCEPCIÓN ARENAL.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Hace pocos días entró en una casa de Alcalá de Chisvert un fraile llamado Saballs y que se dice hermano del canallesco cabecilla; cruzó las manos delante del pecho y preguntó: ¿Soy con Dios?

El dueño, advertido, le contestó que sí, y entonces el fraile le contó sus campañas en la pasada guerra, enseñándole un nombramiento de oficial del ejército de D. Carlos. Después le preguntó «si se comprometía.» El dueño de la casa se excusó con su edad y con buenas palabras lo hizo marchar.

Los que preguntan para qué sirve un fraile, ahí tienen la respuesta:

Para provocar la guerra en Filipinas y prepararla en la Península, santa misión que premiaron dignamente nuestros padres el año 35; y que, ó mucho me equivoco, ó...

Detente, pluma. No me hagas decir lo que debe permanecer oculto en el más oscuro rincón de las intenciones plausibles.

En el convento de capuchinas de Manresa se declaró un incendio.

En vez de arrodillarse y pedir á Dios que cesara, apelaron á los bomberos.

¿Que más prueba de que confían más en la gracia de una manga de riego, que en la divina?

Y si ellas, que están en el secreto, hacen eso, ¿qué no debemos hacer los míseros mortales?

Lo que hacemos: no preocuparnos de lo que es perfectamente inútil.

En la iglesia parroquial de San Jorge de Torres se ha cometido un robo, en odio á los misterios de nuestra santa religión, según dice un colega, puesto que *sólo han desaparecido las Sagradas Formas, habiendo encontrado el copón que las contenía, cerca del sagra-*

rio y con un signo parecido á los masónicos, grabad en el mismo con instrumento cortante.

Martingalas para levantar de cascos á los imbéciles y que se rasquen el bolsillo.

Conocemos el paño.

Confesó y comulgó devotamente un vecino de Rivedo; dos días más tarde oyó su misita, y confortado con las piadosas prácticas, se suicidó como un bendito.

¿Y que haya aún quien se atreva á negar la influencia de la religión!

Un fraile ha entregado á la Compañía de los caminos de hierro del Norte 2.500 pesetas, que recibió sin duda de un penitente.

Haga ese fraile el favor de confesar como restitución al elemento católico de la citada compañía, á ver si lo decide á seguir el ejemplo del caco arrepentido, y el país se lo agradecerá.

Pero no, no se moleste; porque hacer que restituyan los loyolas aliados con judíos, no se consigue, aunque se lo prediquen frailes descalzos.

Han borrado los libros de Odón de Buen en el cuadro correspondiente á este curso, de la Universidad de Barcelona, con autorización ó por orden del ministro de Fomento.

Cuyo ministro fué el que lo volvió á su cátedra, que le quitaron los carlistas, y el que, cuando se publicaron las obras que hoy se retiran del cuadro, era también ministro de Fomento, y las puso en las nubes. Esto se llama firmeza de convicciones.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida el libro, y no respondiéndose, en caso contrario, del envío.

FOLLETOS NUEVOS

15 CÉNTIMOS UNO

Acaban de ponerse á la venta los siguientes:

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS

DE ZAPATA

Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CARTA

DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND AL PAPA PIO VII

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Victor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo *La paz*, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

Cartas á Eugenia, por Frère.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

Imprenta Popular, Plaza del Don de Mayo, 4.